



EL HOMBRE MISTERIOSO

Natacha Catalina Villegas Espinoza

Me contó mi abuelito que, en las oscuras y tenebrosas noches, cuando la brisa helada corría como loca por los campos azotando los rostros que a su pasar hallaba dejándolos entumecidos, un hombre misterioso andaba a caballo, merodeando por Los Quillayes, un pueblito muy lejano de la sexta región, comuna de Las Cabras.

Todas las personas, e incluso las más valientes, temían pasar por aquel sendero; no querían encontrarse con ese hombre misterioso. A mi abuelito le tocó la mala suerte de que un día de invierno, cuando trabajaba en faenas agrícolas en el distante fundo Los Quillayes, se le pasó el tiempo y tuvo que regresar de noche a su casa. Mi abuelito sabía sobre aquellos rumores del hombre que andaba a caballo, pero él pensaba que eran solo mentiras, cosas que inventaba la gente para asustar a los que transitaban por allí.

Preocupado por lo tarde que era, y porque debía llegar pronto a su hogar, iba apurando el tranco de su yegua colorada que fielmente respondía. Al llegar al sector denominado “Vuelta la culebra”, el lugar más solitario de todo el camino, de repente la yegua, luego de dar unos relinchos, quiso detenerse; pero don Celestino la apuró y siguió su marcha, aunque ella se mostraba inquieta, espantadiza. En ese mismo instante, las ramas de los árboles se empezaron a agitar muy rápidamente con el fuerte viento que comenzó a surgir; fue algo extraño para mi tata, escalofriante. Mi abuelo se alarmó más aún, al oír unas pisadas de caballo sobre las crujientes ramas que se encontraban en el suelo enmarañado. Rápidamente tiró de las riendas y se detuvo a escuchar y a meditar.

De pronto, vio la silueta de un caballo con un jinete que, más adelante, a unos pocos metros, salió al camino y se detuvo a una orilla, como esperando a mi abuelito. Mi tata, temeroso, quiso devolverse, pero pensó que ya había avanzado la mayor parte y debía llegar a su casa para ver a su mujer que se encontraba sola. Así es que, estimulando a su inquieta y asustadiza yegua, decidió reiniciar su marcha lentamente, con mucho sigilo.

—¿A dónde vas, hombre? —preguntó el jinete misterioso con voz potente y tenebrosa que le puso la piel de gallina al campesino cuando pasaba frente a él.

Celestino, mi abuelito, estaba como paralizado; quería hablar, pero las palabras no lograban salir de su boca. Su mentón temblaba. No se atrevía a voltear para ver al misterioso hombre. Rogaba a Dios que no le sucediera nada malo. Luego, de un fuerte debate de ideas en su mente, se armó de valor y se dio media vuelta para observar a aquel jinete.

El hombre montaba un enorme caballo negro y, al parecer, por su silueta, era muy alto. Llevaba un sombrero grande que, en complicidad con la noche, ensombrecía más su cara, no pudiendo verla bien, aunque extrañamente, en medio de la oscuridad, le brillaban los dientes que parecían de oro cuando se carcajeaba. En ese momento, mi abuelo entendió que el rumor de la gente sobre el hombre misterioso era real. El miedo y la desesperación recorrieron todo su cuerpo y entre decaimiento y valor se sintió desvaneciendo, rendido ante semejante jinete. Estaba aterrorizado, muy nervioso, al igual que su yegua, que, muy inquieta y asustadiza, no paraba de moverse.

—Voy *pa...* para adelante —respondió con un leve balbuceo al fin el campesino, con mucho temor y un poco inseguro, vacilante, como contestar

solo por contestar, para que ese misterioso hombre no se fuera a sentir mal si no le respondía, y deseando que no le preguntara nada más.

—Si quiere... lo puedo acompañar —propuso serio y sin emoción alguna, el misterioso hombre.

—No se preocupe *'eñor* —contestó el campesino, mientras daba un chicotazo a la yegua para continuar rápidamente su marcha, y al mirarlo tímidamente de reojo, se dio cuenta que el hombre igual lo seguía. En ese momento don Celestino clavó las espuelas y echó a correr a galope tendido.

Mi abuelo Celestino huyó del sendero, esperando que el hombre dejara de seguirlo. No quería perder tiempo, ni un segundo, en mirar a sus espaldas por si el hombre lo seguía. Quería dejar de pensar que ese jinete le pisaba los talones. No lograba ver los lugares por la confusión y la oscuridad. Lo único que quería el pobre hombre era llegar luego a su hogar, pero los minutos eran eternos y el camino se hacía extremadamente largo. Cuando reconoció que, por fin, iba llegando a su casa, miró hacia atrás y ahí venía el jinete riendo a carcajadas, dejando ver sus dientes de oro, relucientes. Al llegar, gritó como loco para que le abrieran la puerta. Delia, su mujer, mientras abría el portón le preguntaba qué le pasaba; él le repetía una y otra vez:

—¡El hombre misterioso, el hombre misterioso me viene persiguiendo!

Pero su mujer, al mirar, vio una luz que a lo lejos fulguraba y se iba perdiendo. Debían ser los dientes de oro del hombre. Delia comprendió de inmediato que a su esposo le había salido el hombre misterioso, y se puso a rezar para que se alejara y no volviera.



—¡Y te caíste al estero, hombre por Dios, que vienes con los pantalones tan mojados!

—No, viejita, fue con el susto que me dio y no me pude aguantar.

Claro, don Celestino no había podido contenerse, ante tal suceso que le había ocurrido.

Desde ese día mi abuelito no se atrevió más a pasar de noche por ese sendero, y cuando se le hacía tarde por algún trabajo, o porque el patrón lo necesitaba en las casas del fundo, o porque lo invitaban a un bautizo, o iba a alguna fiesta, prefería pedir de antemano, como condición, que le dieran alojamiento para regresarse al otro día.

Natacha Catalina Villegas Espinoza

11 años

Litueche

Tercer lugar regional